AÑO XXIV. — Nº 1146.

EL DIA

MONTEVIDEO, ENERO 2 DE 1955.



LORENZO BATLLE PACHECO.

(Fotografía Juan Caruso).

Cúmplese mañana el mes primero de la fecha de su fallecimiento, que aun nos estremece de pena angustiada que el tiempo no alcanzará siquiera a desvanecer. Al ciudadano que vivió en el culto de los principios, y al hombre de sencilla emoción humana, se le rendirán homenajes evocadores, aquilatando las virtudes de su vida y su espíritu, que constituyen para nosotros reservas de ideal.



Una de las 384 estaciones del Metropolitano de París, sobre cuyo historial se informa en la presente nota.



Un coche del subterráneo de París totalmente ocupado por viajeros en las horas de mayor circulación.

AUMENTAR la capacidad, la rapidez y la seguridad del transporte urbano, consiguiendo al mismo tiempo el necesario descongestionamiento del tránsito abarrotado de una ciudad populosa, sigue siendo la invariable ecuación que preocupa al urbanista de nuestro tiempo. Frente a los

EL SERVICIO DE TRANSPORTE

que propician los medios de transporte subterráneo, se levantan los que le oponen la remodelación de las ciudades, trazando grandes avenidas por donde canalizar una mayor capacidad de transporte vehicular de superficie. Con lo que cuesta la construcción de una red subterránea — argumentan estos últimos — se puede emprender la más completa transfiguración de una ciudad.

La realidad es, sin embargo, que mientras no se tiene noticia de la remodelación total de una ciudad, en su parte afectada al máximo por la saturación y por supuesto tampoco de sus resultados — ya que los planes de remodelado que se conocen han sido de carácter limitado y parcial — las redes de transportes subterráneos han podido demostrar su suficiencia para conjurar los graves problemas que les dieron origen.

Los servicios de transportes subterráneos de Londres, que constituyen la historia de una colosal realización urbana, conducen diariamente entre 12 y 13 millones de pasajeros, cubriendo una red de 400 kilómetros y totalizando un recorrido diario de 750.000 kilómetros. París, con su maravillosa red subterránea, es otra demostración acabada de capacidad de transporte y, sobre todo, y esto es quizás lo más importante, que el sistema no sólo fue absorbiendo perfectamente el extraordinario crecimiento de las necesidades de su uso a través de 50 años, sino que puede confiarse en que su misma eficiencia, con las debidas ampliaciones, alcance a otro medio siglo. Semejante previsión es, pues, más que satisfactoria.

Esta magnífica red, en sus comienzos transportaba 50 mil pasajeros diarios; en la actualidad, extendida a un recorrido de más de 200 kilómetros, con 384 estaciones, transporta 5 millones de viajeros por día. Nueva York, Chicago, Filadelfia y Boston en los Estados Unidos, Hamburgo, Berlín, Madrid, Barcelona y Moscú en Europa, Tokio y Osaka en Asia, Sidney en Australia y Buenos Aires en nuestra América, ofrecen igualmente muestras concluyentes de no haber defraudado las esperanzas que alentaron sus realizaciones.

Aunque no fue París la primera capital que contó con un servicio de transportes subterráneos, fue, en cambio, la primera en proyectarlo y alentarlo. Interminables polémicas que en su tiempo conmovieron la opinión pública, retardaron su implantación en medio siglo. Ya en 1850, los problemas de circulación, agravados por la estrechez de sus calles, dieron origen a las pintorescas "Embarrás de París" de Boileau. Había que meter los trenes en la ciudad y cruzarla con ellos en todas las direcciones. Todos coincidían en ello. Las discrepancias eran de niveles. Circularían por la superficie; por grandes planchadas elevadas sobre la altura de nuestra cabeza, o por túneles subterráneos bajo nuestros pies. Brame y Flachet desde 1855 propulsaban estos últimos. Razones de estética, de seguridad y sobre todo de tranquilidad pública... se oponían a los primeros, y el hecho de que se trataba de ferrocarriles a vapor, dificultaba en el último caso, su permanente circulación por cerrados túneles subterráneos. El barón Haussmann, el gran remodelador de París, alentó la idea del sistema subterráneo, pero vino el desastre de Sedán en el 70 y todo fue postergado. Otros proyectos sobre los mismos aspectos se sucedieron poco después apasionando periódicamente a la opinión parisiense. En 1883 Soulié planteó nuevamente la cuestión de utilidad pública, haciendo estallar un largo conflicto entre la Municipalidad de París y el Estado. Mientras éste exigía que la red subterránea proyectada se limitara a unir entre sí las terminales ferroviarias de las líneas de superficie, la Municipalidad auspiciaba un trazado independiente a fin de servir la circulación urbana parisiense con la flexibilidad que requería. Algo más de diez años habrían de transcurrir antes de materializarse las iniciativas que se agitaban. En ese tiempo aparecieron y se discutieron con viva pasión los proyectos más variados, serios o fantasiosos, y la prensa entretuvo con todos ellos el fervor del público. Es interesante señalar que a partir de 1885, en que el americano Leo Saft construyó una locomotora a tracción eléctrica, la "Ben Franklin", que adaptaron en Nueva York los "elevados" de la 9ª Avenida, — con la que desaparecían los inconvenientes de los trenes a vapor en permanente circulación por los túneles del subsuelo —, ganó adeptos la idea del sistema de transportes subterráneos y las polémicas parisinas se fincaron desde entonces sólo en aspectos del mismo. Fue Luis Barthou, ministro de Trabajos Públicos, quien por fin en 1895, reconoció a la ciudad de París el derecho de construir a título de interés local las líneas subterráneas destinadas a la circulación urbana. La electrificación de los subterráneos de Londres y de Nueva York, inspiró los proyectos definitivos, que tuvieron sanción en 1898 y dos años después, con motivo de su gran Exposición Universal, París abría por primera vez las puertas de las 18 estaciones de su Metropolitano que en un recorrido inicial de 8 kilómetros unía la Puerta de Vincennes con la de Maillot.

A poco más de medio siglo de su implantación, con las ampliaciones consiguientes, el Metro de París atiende holgadamente las necesidades de circulación de su extraordinaria población registrando un índice de transporte anual de 1.650 millones de pasajeros, lo que representa nada más y nada menos que las dos terceras partes de la población total de la tierra. El recorrido de sus convoyes registra 170 millones de kilómetros por año, o sean 500 veces la distancia que nos separa de la Luna; o también, si se quiere, algo más de 4.000 vueltas alrededor del mundo.

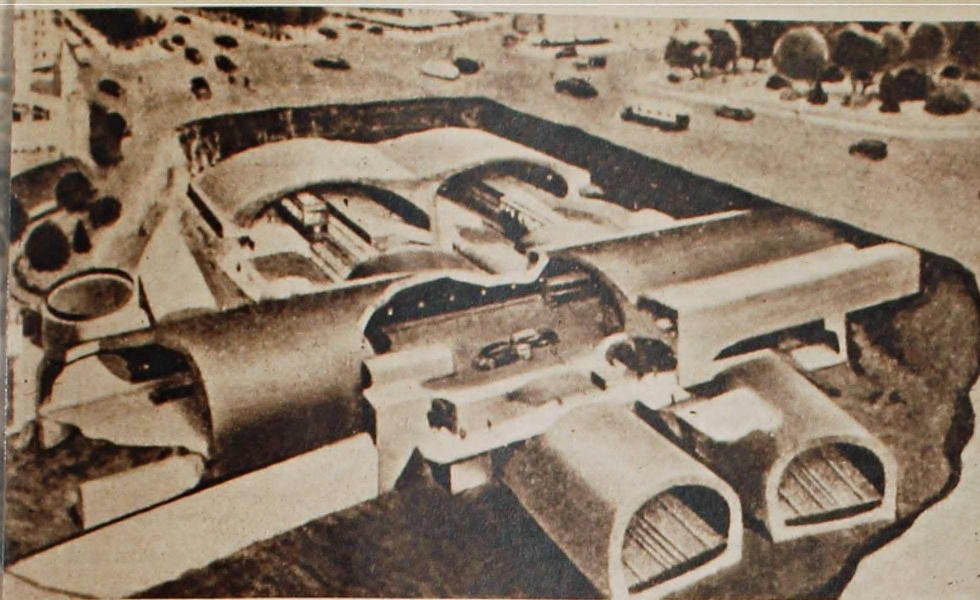
Estas cifras del Metropolitano de París, son, término medio, la mitad de las que acusan los subterráneos de Londres y de Nueva York!... No sabemos si ellas darán al lector una idea exacta de lo que significan en rendimiento y en rapidez los servicios públicos de este medio de transporte urbano. Pero si en los subterráneos



Estas boleterías del Metro de Madrid, como también las tiene el de París, han sido eliminadas por los molinetes automáticos de los subterráneos americanos.



Un solo operario atiende los trenes de los subterráneos de Nueva York.



Una visión de las enormes construcciones subterráneas del Metropolitano de París.



Los magníficos coches de los subterráneos de Londres, se caracterizan por su amplitud, comodidad y ventilación.

SUBTERRANEO

de Londres viajan diariamente entre 12 y 13 millones de personas, en los de Nueva York circula un pasaje semejante y los de París conducen 5 millones por día, podemos estimar, tomando el índice que acusan las horas de mayor intensidad en esos servicios, que estos sistemas transportan con respecto a Londres y Nueva York algo más de 2 millones de pasajeros por hora y el subterráneo de París 1 millón de viajeros en igual tiempo. Detengámonos un momento a pensar que en los subterráneos de Chicago, Filadelfia y Boston, en los de Hamburgo, Berlín, Madrid y Moscú, en los de Sidney y Tokio y en los de Buenos Aires, se registran resultados proporcionados a la importancia y extensión de sus redes.

¿Qué planimetría, qué trazados de avenidas y autovías pueden canalizar la capacidad vehicular de superficie necesaria para llegar a realizar semejantes transportes de enormes masas humanas con la rapidez y la seguridad de aquellas redes subterráneas?... Hé aquí el nudo que no han podido desatar los detractores de este sistema de locomoción urbana que se nos presenta como irreemplazable por lo menos hasta nuestros días.

¿Qué más decir de los subterráneos que han llevado buena parte de la vida de las ciudades bajo sus plantas descongestionando las arterias de superficie? Que todos ofrecen características diferenciales. El de Londres, inmejorable por su eficiencia, por su limpieza, por su ventilación y por el tamaño y comodidad de sus coches; con su estación Hampstead que detenta por ahora el record de profundidad a mas de 50 metros del nivel de la calle; aparte de otro record, que también le pertenece, referente al número de personal que ocupa su funcionamiento: 100.000 empleados y operarios. Los jardines de sus estaciones confinados en las profundidades, que parecen suplir la falta de sol con el esmero de sus cuidados, estimulados por concursos anuales de jardinería subterránea, le dan un aspecto amable y singular. El de Nueva York y otros americanos se caracterizan por sus cuatro juegos de rieles; los dos centrales para los "expresos" y los dos extremos para los "locales". También por la eliminación de boletos y boleterías, reemplazados por molinetes con "traganíqueles" automáticos, que vigila un solo inspector, lo mismo que un solo operario controla cada tren. El Metro de París, con sus siete líneas que se cruzan superpuestas en diferentes planos bajo la estación Opera, sin que con ello alcance la profundidad ya citada de la estación londinense. El de Madrid y el Chadopif de Buenos Aires que se caracterizan por la paquetería de sus artísticas cerámicas murales, y el Lacroze, también de Buenos Aires, como el de Filadelfia, que se distinguen por la suavidad de su marcha, debida seguramente, a la precisión de sus elementos rodantes. Y por último, todos ellos, como alguien dijo, se parecen igualmente al corazón de las mujeres hermosas: siempre tienen sitio para uno más...

¿Y Montevideo, justifica su proyectado subterráneo?... El grado de saturación del tránsito vehicular en la penísula y en el centro de la ciudad configura un serio problema a resolver. Su particular conformación de embudo, comprime en el pico de su península — zona de extraordinaria y obligada afluencia — la enorme absorción del perfil cónico de la ciudad; que se abre en un inmenso abanico de 17.000 hectáreas con un millón de habitantes. La ciudad vieja ha debido convertirse en una gran estación terminal de las líneas de transporte colectivo. Y en la inevitable playa de estacionamiento de miles de vehículos particulares. Y así vemos cómo la calle Colón, desde la Aduana hasta la de Buenos Aires, y ésta desde Colón a la Plaza Independencia, se transforman a ciertas horas del día en un interminable andén de casi dos kilómetros de extensión donde un público numeroso y concentrado aguarda tomar el vehículo que ha de sacarlo de este punto obligado de partida. El otro andén, el de llegada, se extiende a lo largo de la salle Sarandí y Lindolfo Cuestas hasta la Aduana.

Toda esa zona peninsular y un poco más al Este, el Centro y el Cordón, lo que podríamos llamar el cogollo de la ciudad, sufre el agudo congestionamiento característico del "vientre quirúrgico", que ya sobre la mesa de operaciones se ofrece a la técnica del cirujano.

Y no hay otra solución. Abrir; cortar y restablecer las canalizaciones obstruídas y saturadas. Cuanto más se postergue la apertura de la "gran zanja a cielo abierto" a lo largo de nuestra principal avenida, mayores dificultades y riesgos entrañará la operación que Montevideo fatalmente necesita. Las líneas de transporte colectivo de la ciudad son insuficientes y sus trayectos en las zonas centrales se cumplen con creciente lentitud. No se puede hablar de aumento de unidades. Ya no caben en el centro de la ciudad; donde una interminable caravana de ómnibus ofrece la triste visión de nuestra principal arteria exhibiendo el retardo a la solución de un problema en constante agudización.

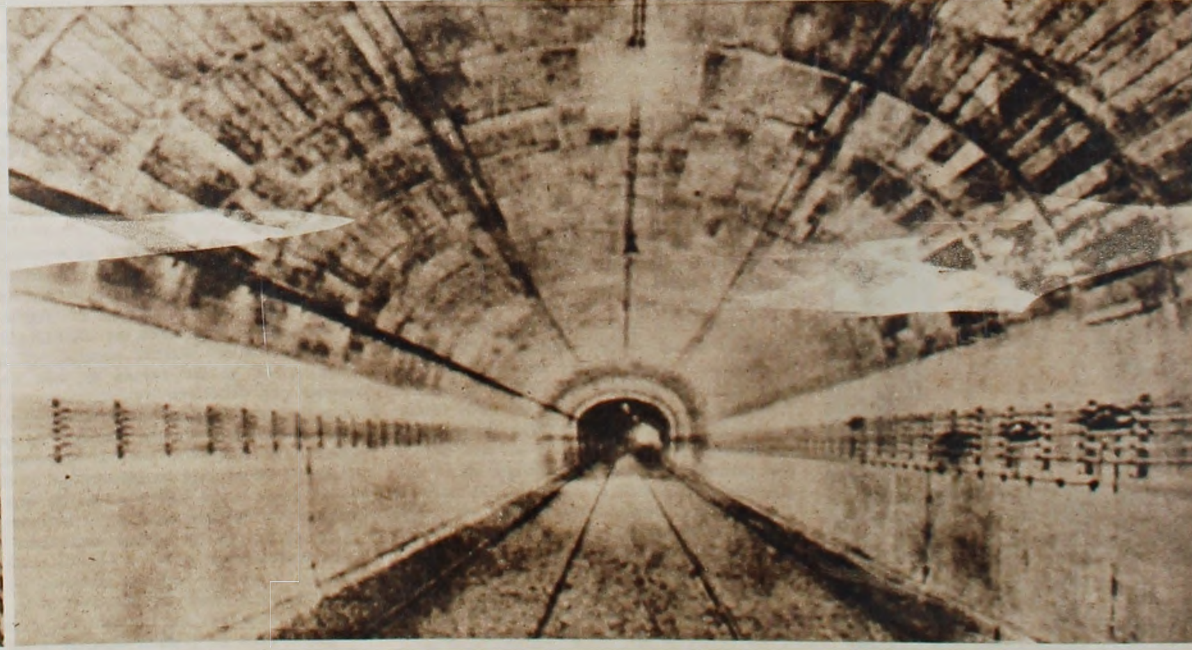
¿Y habremos llegado realmente al momento de encarar una obra de semejante importancia?... Conviene recordar, como principio, que todas las ciudades al acercarse al millón de habitantes, deben contar con un sistema ferroviario de transporte urbano; ya sea elevado, de superficie o subterráneo. Los "elevados" han sido descartados por todos sus inconvenientes, y Montevideo, como tantas otras ciudades, ya no tiene posibilidades de construirlo de superficie. Cuando París inauguró su primera línea subterránea y lo mismo ocurrió en Londres, en Nueva York y en tantas otras ciudades que la adoptaron más tard , tenían un movimiento diario de pasajeros muy por debajo del que hoy acusa Montevideo. En Buenos Aires, al iniciar su servicio el primer subterráneo, el Anglo, el movimiento anual de pasajeros en toda la ciudad alcanzaba a los 417 millones. Este mismo movimiento anual en Montevideo, era ya en 1944 de 353 millones; en 1950 de 450 millones y en la actualidad sobrepasa largo el medio millón de pasajeros. Boston, Filadelfia y Madrid, emprendieron también sus primeras líneas subterráneas, en su tiempo, con índices de movimientos generales de pasajeros inferiores a los que registra nuestra ciudad en la actualidad.

La Comisión Honoraria del Subterráneo, en sus vastos y completos estudios de orden técnico, económico y urbanístico, a los que han contribuído con su asesoramiento eminentes expertos extranjeros, tiene previsto para el presente año 1955, en base a los índices crecientes que se han venido sucediendo, un estado de saturación tal, en las vías de tránsito de superficie de la zona central, que hará caótico todo intento de ordenamiento y coordinación. Hemos llegado, pues, al punto culminante de este intenso problema de la ciudad. Para el traslado urbano de grandes masas humanas, el subterráneo resulta ser el medio de transporte más económico, más rápido, más seguro y también el que ofrece la más larga previsión de futuro; de ese futuro sorprendente que en tantos aspectos urbanísticos en todas las ciudades americanas, por sus particulares características, se nos viene tan pronto encima.

Ismael SOLARI AMONDARAIN.
(Especial para EL DIA).



Aspecto gráfico de una monumental escalera mecánica de una estación de subterráneo.



Nota gráfica del túsel del Chadopif de Buenos Aires, en uno de sus tramos entre dos estaciones.

Claudio Sánchez Albornoz

¿SERA cuestión de continuar lamentándonos por el destierro de la cultura española? Pero ¿hasta qué punto un español con sensibilidad histórica debe considerarse desterrado en Hispanoamérica? La formación espiritual es un intercambio de influencias entre el hombre y el medio. Este actúa milagrosamente en el proceso formativo de nuestra infancia, adolescencia y juventud, nutriéndonos para siempre con sus jugos vitales. Quien ha pemanecido durante estas tres etapas psicológicas en un medio determinado, acaba por ser alma de su tierra, alma que la tierra transparenta.

Pero el hombre es también un hacer inconsciente de historia o una voluntad consciente de hacerla. Esta diferencia acentúa en el intelectual mayor dificultad para amoldarse a cambios, por cuanto su ser histórico ha superado la faz instintiva creando en él una segunda naturaleza racional y razonante. Y supongamos que el intelectual, lanzado fuera de su patria por imperativo de su labor histórica, por incompatibilidad con la tiranía o la injusticia, por indignación, por la asfixia del espíritu creador de su pueblo, etc., llega a un medio en el que los antecedentes históricos proceden del mismo tronco genitivo que los suyos; donde para conocer el proceso político, social, artístico, cultural, será necesario recurrir a la historia común. Si es consecuente con su voluntad de hacer historia indudablemente se fundirá a la nueva tierra para darle impulso de ala, el ala que su tierra ancestral le impuso en el transcurso de las generaciones. Y hará historia de la tierra nueva desde el mismo momento que en ella empiece a reconstruir la historia de su tierra vieja.

Es lo que le ha sucedido al españolísimo historiador, Claudio Sánchez Albornoz, en Buenos Aires. Su bibliografía alcanza 120-títulos desde 1911 a 1951. No abarcan ellos toda su obra. Si nos situamos en 1936, año de la guerra en España, el Nº 52 del católogo corresponde al título, "La repoblación del reino asturleonés", publicado en "Humanidades", de la Universidad de La Plata, en el homenaje al Levene. "Desde entonces, hasta el Nº 120, su labor investigadora — y la auténtica investigación es creación — se realiza en Argentina, casi toda ella encuadrada en el Instituto de Investigaciones Históricas - Departamento de Historia de España".

Para nosotros, profanos en la ciencia histórica, lectores de historia en evocación del desesvolvimiento humano, este monumento de historia que Cladio Sánchez Albornoz ha ido acumulando lo vemos como una justificación de su destierro. Porque es imposible reconstruir la historia con tanta emoción sin llevar consigo la tierra donde se creó. La letra se le hace espíritu y éste se traduce en letra con sabor a pueblo. Fácil es que en los archivos de España otros historiadores se saturen de papel amarillo reconstruyendo fechas y datos documentales que autenticen la veracidad de nuestro pasado. Pero hacer historia, desenterrar la muerte para dar testimonio de vida, y que el dato se convierta en vida nueva, eso lo hacen en grado poético los historiadores solidarios con la historia presente de su pueblo, con amargura de destierro y fe inquebrantable en los principios de la Libertad, sin la cual el hombre deja de ser un ser histórico para convertirse en un simple dato de historia natural. ¿De qué valen todas las investigaciones, todas las comprobaciones de nuestro pasado, si ellas no sirven para evidenciar el espíritu liberador que se desprende de la vida del hombre? Y entre los pueblos constructores de historia, no creemos que ninguno supere al español en esa misión de crear hombres y pueblos para la libertad. Así se desprende de la obra de Claudio Sánchez Albornoz. Libertad que él considera trabada a la fuerza tradicional de nuestro ser. Libertad que si en todos los hombres es una fuerza instintiva de devenir, en el español es, a la vez, una voluntad, un deseo, con "esa angustia y emoción" que Sánchez Albornoz se atribuye al enfrentarse con los grandes problemas de nuestro tiempo.

La historia, para Claudio Sánchez Albornoz es un situar orígenes institucionales, buscar antecedentes determinantes de los mismos, definir sus límites y aclarar su impulso ideal. Una de sus obras fundamentales es la titulada "En torno a los orígenes del feudalismo", en tres tomos, el primero "Fideles y Gardingos en la monarquía visigoda"; el segundo, "Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII", y el tercero, "La Caballería musulmana y la caballería franca del siglo VIII".

Es lo más completo, exhaustivo, en interpretación, aclaración y bibliografía sobre un tema de tanta importancia para el conocimiento de los orígenes de las nacionalidades europeas, y por ende de la historia universal. Para intuir su importancia, el lector curioso, interesado por la historia, aun sin aparado científico, puede meditar sobre cómo el feudalismo condiciona el desenvolvimiento de las monarquías europeas; cómo éstas se desdoblan en nacionalidades, iniciando un nuevo ciclo de organización del mundo en busca de unidad a través de la diversidad; cómo las pugnas nacionales se traducen en expansión, sjendo España y Portugal los países que dan los primeros pasos imperiales extraeuropeos, en miras a una universalidad orgánica ecuménica.

La institución y el hombre. El hombre, su acción, es lo que atrae al profesor Claudio Sánchez Albornoz. En el estudio de las instituciones hispano-godas — un desierto con escasos oasis documentales que permitan su reconstrucción fidedigna —, el historiador ha de llegar hasta el subsuelo histórico. La romanización primero, deformando la estructura social hispánica; los árabes luego, fundiéndose a una nueva realidad, a la vez que destruían y creaban, dispersaron los fundamentos documentales de la historia hispánica. El autor de "En torno a los orígenes del feudalismo" va desbrozando la ruta de antiguos cronistas y nuevos historiadores, para situar al "comitatus germánico", transformándose en "comitatus visigodo", a continuación el "fideles regis" con su doble servicio de fidelidad al soberano, que en España alcanzan nueva denominación más concreta, "los gardingos". Estos van transformando su condición palatina en señorío de tierra. Servidores de la corona, afirmando un vasallaje que preservaba a los reyes de las intrigas de los grandes.



Claudio Sánchez Albornoz.

¿Qué hubiera sido de España si, como el resto de Europa, no hubiera experimentado los ocho siglos de influencia y condominio árabe? ¿Qué hubiera sido de España si no hubiera consumido ocho siglos de belicosidad mahometana? Preguntas inútiles hoy, pero que se prestan a útiles divagaciones en torno al porvenir de los pueblos y las culturas. Si a pesar — y quién sabe si por ello mismo — de los ocho siglos de dominación y convivencia hispano-árabe, España aparece en el siglo XV en su plenitud expansionista, ¿qué hubiera pasado si el proceso de feudalismo hubiera estructurado una monarquía aglutinadora de un sentido nacional algunos siglos antes? Pero ¿acaso no fueron las guerras hispano-árabes las que dieron a España su fisonomía espiritual de nación y pueblo?

Sánchez Albornoz aclara un aspecto del origen del feudalismo muy instructivo, y gracias a él la leyenda adquiere su auténtico perfil histórico. Según la teoría del historiador del derecho, el alemán Brunner, fue Carlos Martel, después de Poitiers, quien se dió cuenta de que únicamente con caballería podría vencer a los musulmanes. De ahí vendría la creación de la caballería franca. Sánchez Albornoz puntualiza bien los hechos, documentalmente evidencia la existencia de la caballería como arma bélica antes de que los árabes irrumpieran en Europa atravesando España. Sánchez Albornoz demuestra que "los lentos pero sufridos camellos de los árabes, y no los veloces corceles de los beduinos del desierto, abrieron a la religión mahometana los caminos del mundo".

Los árabes no podían enseñar a los europeos el manejo, para la paz o la guerra, de lo que, por condiciones naturales, es más patrimonio de los pueblos europeos que de los árabes. Las tierras desérticas de Arabia no son propicias para el caballo como lo son las praderas verdes de Francia y Alemania. Más bien podría afirmarse que fue en España donde los árabes se hicieron caballistas.

No es sólo el aspecto institucional lo que interesa a este maestro de la nueva historia. Los troncos mismos de la nacionalidad hispánica; Asturias, León, Castilla; la latinidad, los fueros, las primeras manifestaciones culturales; la justicia, la Iglesia, las Cortes: Crónicas e Historias: el Islam, la servidumbre, las behetrías, "Raíces medievales del Quijote", etc.,etc. Todo desarrollado doctonanente, aclarando fuentes y preparando la bibliografía para la facilidad de los nuevos investigadores. Una labor que impresiona incluso a los no especialistas, por considerar materialmente imposible la acumulación de tanto material clasificado y consultado en el breve plazo de una vida.

Pero lo más egregio en él es su magisterio forjador de hombres con plenitud de juicio histórico. Enseñándoles a manejar el instrumento con el que se elabora la historia. Un aprendizaje que muchos profesores han olvidado y que él recuerda siempre, diciendo: "La libertad no puede morir, pero puede eclipsarse. Los jóvenes pueden dejarse seducir por engañosas promesas de igualdad, e ignorantes de lo que vale la libertad, por haberla disfrutado «por juro de heredad» — no se estima en todo su valor lo que no cuesta esfuerzo —, pueden volverla la espalda con estulto desdén. El resultado será idéntico. A la postre, tras una o varias generaciones, los hombres volverán a añorar la libertad y a conquistarla. Pero entre tanto habremos detenido el crecimiento, si no puesto en trance de muerte la civilización. Sí; la civilización, que no consiste en la invención y el uso de aviones, submarinos, tractores, sulfamidas o vitaminas; la civilización, que es flor de vida delicada y que — importa no olvidarlo — es caduca y perecedera, y que puede morir; la civilización, que es hija de la libertad espiritual y que, a la larga, no puede subsistir sin ella". (Próblogo de «Frente al Mañana»).

Su preocupación por la libertad, condición indispensable para la vida de la civilización, la acompaña Sánchez Albornoz con su preocupación por España. Replicando a Américo Castro por su libro "España en su Historia", afirma su gran esperanza en la vitalidad de España: "De todas sus crisis sucesivas (España) ha sabido alzarse airosa, hasta que llegó a agotarse en el cumplimiénto de la misión histórica a la que se había dado con pasión, llena de fe y segura de sí misma. Y aun después, su extraordinaria vitalidad le ha permitido sobrevivir. Su vitalidad que alumbraba en seguida y seguirá alumbrando grandes valores humanos". ("Sobre Historia Española" — "Cuadernos", París, marzo-abril 1954).

¿Como entiende Sánchez Albornoz esa vitalidad española aplicada a nuestro tiempo? Nos narra en las últimas páginas de "Frente al Mañana", cómo contestó a un amigo que telefónicamente, "refiriéndose al estilo del gran siglo de España", le preguntaba: "¿Mantenello o enmendallo"?, parodiando el verso de Guillén de Castro en "Mocedades del Cid". A lo que replicó él: "Mantenello y enmendallo". Afirmación que le viene condicionada con estas palabras: "Porque el problema de España, el ingente problema de España, va a plantearse en un futuro más o menos cercano. Para muchos españoles ese futuro es una esperanza de venganzas o de medros; para otros, una pesadilla de temores y de amenazas. He perdido más que la mayoría en la tragedia hispana y tengo tantas cuentas pendientes al otro lado del Atlántico como los otros exilados. Pero veo llegar con angustia ese mañana, por España"... "Me acongoja el temor de que perdamos la nueva coyuntura que va a brindarse a España — no una más, quizá la última — de encontrar su senda «clara, pura», como podría ser calificada por Manrique".

Y termina con estas palabras: "Hay que hacer una España. ¿Cómo? ¿Bajo la tiranía de los muertos? ¿Escarneciéndoles y rompiendo con el lejano ayer? No. Insisto en mi propuesta sobre el pasado hispano: «Mantenello y enmendallo»".

Nosotros creemos que este mensaje de perseverancia en nuestro estilo de vida, junto con el propósito de enmienda, es la más inquietante lección de historia de este profesor, que en Buenos Aires acompasa su vida con alma de su tierra, pisando la tierra española que desde España llega al Plata por el hontanar de su historia.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).

LA REBELION DE LOS OBJETOS

LA luz es aliada del hombre y contribuye con él, como un jefe de policía, en la sumisión de los objetos. Cuando por las ventanas entra una fuerte luz indiscreta, ésta desnuda a las cosas del ropaje de sombras que las vestían, es decir, las priva de su misterio. La luz se apoya en los espejos para volver sobre sus pasos y escudriñar todavía más a las cosas, que así no pueden guardarse ningún secreto. Sólo se salvan aquellos vivaces jirones de sombras que corren a refugiarse detrás de los muebles. Pero aquéllas que se tardan en medio de la sala en su conversación con un mueble antiguo, son rodeadas por el tropel de luz violenta y nunca más se sabe de ellas.

Las sombras que se salvan quedan tras los muebles y dentro de los roperos, donde se multiplicarán y, al caer la tarde, ya son tantas que se animan a salir y van llenando entonces de obscuridad toda la pieza.

Creéis tener dominados los muebles de vuestras habitaciones: mesas, sillas, roperos, de los que os habéis acostumbrado a serviros como esclavos sumisos, sin atribuirles *ánima*. Así parecen serlo a la luz cruda del día y durante la noche bajo la luz violenta de las lamparillas, vuestros serviciales auxiliares. Pero, una noche —siempre es de noche que los espíritus se liberan— tratad de entrar a oscuras en vuestras habitaciones Sentiréis en el cuerpo cómo os salen al encuentro esos muebles y con sus puntas y ángulos os lastimarán, tropezaréis con ellos y hasta os harán caer. Es su rebelión durante la noche, propicia para que los elementos mágicos se liberten.

Esta sublevación de los objetos va más allá de los timbres —que os hacen levantar rápidamente y sin chistar como si fuérais lacayos—, del teléfono, nuevo amo, dueño de vuestra tranquilidad y de vuestro sueño. Se refiere a llaves con una probada voluntad de perderse, libros que se esconden obstinadamente, objetos animados de tan claras y expresivas intenciones que ya sería torpeza negarlas.

A veces, esta rebelión llega a ser una verdadera *conspiración* de los objetos, pues resulta evidente que se han *conjurado* para cumplir una acción: una serie de objetos realizan "en cadena" en contra vuestra una sucesión de actos de un perfecto "sabotage". Y no es raro que, en esa serie sucesiva de actos *casuales* sincronizados, participe un animal, pero lo hace como objeto. Cuando vamos a sacar un vaso de una alacena, empujamos sin querer a un botellón; éste, al caer, da contra una fuente de vidrio y la rompe, y un fragmento pégale en el lomo al gato que, en ese instante pasa debajo, y el cual ahora da un brinco y voltea una hilera completa de platos que se rompen. Se ve la serie de objetos —vaso, botellón, fuente, gato, platos— obedecer a una voluntad subconciente y obtinada de romperse. Por otra parte, fijémonos bien: el término *rotura* obedece a punto de vista egocéntrico humano: sólo para el hombre el plato se rompe, puesto que la materia inorgánica que lo constituye es una liberación esta vuelta al estado de menudos fragmentos que acercan su materia al estado primitivo.

Nadie puede evitar que se fragmenten objetos poseídos por tan tenaz voluntad de romperse. Otros son tomados de un deseo de perderse que nada logra dominar. Una llavecita salta de nuestras manos al suelo y no la podemos encontrar, pese a nuestra búsqueda. Más tarde, hallamos que ha encontrado escondite en el doblez de nuestro pantalón. Cuántas veces dentro del cuero de vaca de un sillón que se envía a la tapicería para renovar su forro, se encuentra que se han dado cita clandestina tijeras, peines, monedas y otros objetos que se reunen allí como en un sótano.

No son excepcionales estas *contabulaciones colectivas* y ellas ocurren con preferencia cuando el amo es muy déspota —una señora dominante y nerviosa, con la manía del orden excesivo— y contra su tiranía se ha ido formando un enojo sordo, creciente y colectivo, que al fin estalla. Las teteras alzan su pico como un brazo de rebelión. Las tazas ventrudas se ajustan, en lo que pueden, la cintura. Y el instante está dado por el pito del agua que hierve.

Nuestra cultura racionalista apenas tiene unas pocas decenas de siglos y la edad del hombre sobre la tierra está calculada en cientos de miles de años. La vida mágica, animista, prelógica del hombre primitivo aparece de nuevo en cada niño que nace, se mantiene toda su vida en el salvaje, es invocada por los poetas y reaparece en los alienados, en especial, los esquizofrénicos y en los actos obsesivos de los neuróticos.

El hombre adulto civilizado normal, a fuerza de serle repetido, cree en el conjunto de principios lógicos que le son inculcados en la escuela y en la familia, y que corresponden a las creencias convencionales de cada época. La tarea de la educación consiste fundamentalmente en esta substitución de los conceptos mágicos primitivos por el pensamiento lógico racional. Pero, es tan débil esta caparazón de conceptos lógicos, que es suficiente el nivel del sueño para que reaparezca el mundo mágico primitivo o la simple intoxicación alcohólica durante la cual una realidad onírica sustituye al mundo de la realidad cotidiana, y el hombre se rebela entonces contra los principios rectores que lo atan a la vida repetida.

Como esas formaciones prehistóricas que afloran en la superficie de la tierra cuando ésta experimenta una fuerte conmoción geológica, las capas profundas de la mentalidad del hombre primitivo, sumergidas habitualmente en el psiquismo del hombre adulto actual, pueden reaparecer en el primer plano por acción de acontecimientos diversos. Pero lo más habitual es que aquellas fuerzas primitivas del pensamiento se exterioricen en el hombre del siglo XX bajo forma de *derivaciones* y *transformaciones* que las sublimizan y las hacen compatibles con el orden del mundo actual.

La necesidad de evasión, la sed de aventuras y de empresas son formas actuales de aquel animismo mágico, ahora tan contenido por las ataduras sociales. La literatura de imaginación, de la que tanto consumo se hace actualmente, los poetas mágicos, cuya alma en estado de ingenuidad se mueve en los espacios de lo indeterminado, los pintores que interpretan el aparente caos anímico de nuestra época, son otras tantas expresiones de la necesidad mágica compleja y disconforme con esta realidad concreta, de tres dimensiones, donde un pez y un pan son siempre un pez y un pan.

El auge cada vez mayor del cine, que ha acabado por absorberse a todas las demás artes expresivas, es otra de las manifestaciones de esa necesidad animista, de movimiento, que está en la propia raíz de su denominación (kino, movimiento). Sin otro trabajo que sentarnos en una butaca, nos vemos compensados de nuestro fracaso, quietismo e inmovilidad por los triunfos, aventuras y conquistas de nuestro personero: el héroe del film. Y, cuando en la película se concitan los elementos mágicos, el público llega entonces al deleite. Tal es el secreto del Exito de Walt Disney.

Walt Disney es el poeta máximo de nuestra época: con gracia y amor nos hace ver la magia que existe en los objetos. Devuelve a los hombres la ingenuidad y la credulidad que los hacía felices y de las que fueron desposeídos cuando dejaron de ser niños. Pone en libertad el espíritu animado que existe en todos los objetos, y muestra cómo animales y cosas piensan y tienen sentimientos de celos, orgullo, timidez o cobardía, igual que los hombres.

Un avión tiembla como un ser humano en su primer vuelo sobre los Andes. Una locomotora tiene rostro humano, ojos salientes, nariz resoplante, boca de fuego. Pero se desvía humanamente para no pisar a un niño que juega entre los rieles. El reloj nos habla cuando le miramos. Un enjambre de abejas es un duende veloz que persigue como lo hace ahora en el Pacífico el tifón Sally. Las hojas de música se han dispuesto enloquecer al pianista nervioso. Los objetos se alargan o se encogen de acuerdo con los temores o los deseos del Ratón Mickey o del Pato Donald. Las paredes se dejan atravesar por la débil Caperucita que huye llena de pavor, pero se estrella contra ellas el lobo feroz que la persigue. Una tetera levanta apenas la tapa para escuchar lo que se habla. Un botellón hidrópico se toma el vientre, festejando una ocurrencia. La escoba tiene pies como tiene alas el plumero. Y dientes el piano que, golpeado sin piedad, acaba por morderle los dedos al pianista obstinado.

Todo esto lo saben y lo comprenden los niños por que aún no han perdido aquel estado de gracia. Ellos no ignoran que los objetos pueden animarse y que tienen espíritu. Cuando Juanito tropieza con una silla que le ha salido al paso, le pega un castigo por que la silla lo ha hecho adrede. Nelly sabe que una caja vacía, unos botones y unos alfileres pueden convertirse en un palacio habitado y fantástico. Y la pequeña Marta no ha olvidado todavía que las brujas, que se esconden sobre el ropero, no bajan a su cama si ella duerme con un guante del padre o el rebozo de la madre.

También el salvaje, como el niño y los alienados, no distingue su mundo psíquico personal del mundo de las realidades exteriores, y, por tal razón, no puede diferenciar las imágenes subjetivas personales de las percepciones objetivas provenientes del mundo exterior. Cuando un salvaje sueña que ha ofendido a un amigo, va pronto a pedirle disculpas. Si un indio tschiroky siente en un sueño que es mordido, se efectúa para curarlo la misma ceremonia como si realmente estuviese herido. La resistencia de muchas tribus a dejarse fotografiar obedece a que, creyendo en la identidad de las representaciones con las percepciones, temen padecer en sus personas los exorcismos —cortes y pinchazos— que se hagan sobre sus fotografías. No otro mecanismo tienen las cábalas y temores del neurótico y las hechicerías que practican las curanderas suburbanas.

Entre los salvajes Neuru, para que el nacimiento de un niño tenga lugar sin contratiempo, es preciso que nada esté cerrado en la casa en ese momento. Todo es abierto —cajas, cestos, etc.— se desatan nudos y todos los presentes se quitan cinturones, fajas, cordones, pañuelos del cuello. Rituales semejantes emplean en los nacimientos los malayos, los salvajes de Nueva Guinea y también los de Africa del Sur, es decir, pueblos que no se han puesto en contacto unos con otros, pero que por su común primitivismo coinciden en su conocimiento del animismo de los objetos. El adulto civilizado normal ya no cree en esas prácticas mágicas mientras no lo apremie la ansiedad, hagan presa de él los temores o lo sacuda la angustia. En tales casos abandona aquel plano de racionalización lógica, y todos conocemos personas habitualmente no religiosas que, en la ocasión de exámenes, concursos o enfermedad grave de seres queridos, se persignan al pasar frente a una iglesia.

Un físico moderno ha dicho recientemente que la naturaleza de la física teórica actual se asemeja a un *pensamiento*. No se duda que en los objetos que estudian las ciencias naturales hay siempre una *intención*. Ya Duns Scotus se preguntó si la *materia* puede pensar, y los filósofos formulan preguntas de esta índole en una forma general y abstracta. Después de los estudios psicopatológicos de Freud, hace más de un cuarto de siglo, los médicos buscan interpretar el lenguaje del órgano enfermo porque saben que él es la expresión de un conflicto anímico de su portador.

Aristóteles, el hombre que legó a Occidente el más importante sistema lógico de todos los tiempos, al final de su existencia y como condensación de todo su saber dijo: *A medida que me vuelvo más viejo creo más en los mitos*. Y los mitos son la condensación de verdades enormes que se expresan en el lenguaje de la proyección, la identificación y la sublimación, que pertenece al mundo mágico.

Algo semejante pasaríale veinte siglos más tarde a Descartes, quien postuló como nadie lo había hecho el predominio de la razón. Hacía suya la frase de Hegel: todo lo real es racional. Y bien, cuando Descartes estaba saturado de racionalismo y matemáticas, harto de silogismos y de círculos, quería huir del infierno de la lógica y de la opresión de la geometría e iba al puerto a escuchar a los marineros borrachos.

Y vemos al final que es verdad lo que sólo sabían los niños, los poetas y los ignorantes: que las cosas tienen vida, que los objetos se animan, que todo habla, y que el hombre vive rodeado de un mundo semejante a él y hecho con la misma sustancia de sus sueños, tejido con la seda de sus anhelos y las sutiles telas de araña de sus temores.

ISIDRO MAS DE AYALA

(Especial para EL DIA)



Dibujo de Sifredi



La Caja Acústica del Anfiteatro Bello Monte, de Caracas, con la Otquesta Sinfónica de Venezuela.

EL PRIMER FESTIVAL LATINO-AMERICANO DE MUSICA EN CARACAS

ALGO que bien podriamos considerar un viejo sueño de los músicos americanos, pudo transformarse en realidad, para ser totalmente vivido en la noble y tradicional capital venezonala.

Nos referimos al primer Festival Latinoamericano de Música, que se llevó a cabo con esmero y dignidad, en el hermoso Anfiteatro de Bello Monte, de la ciudad de Caracas.

Del 22 de noviembre al 10 de diciembre del año que ha fenecido, una orquesta sinfónica integrada con elementos de notable categoría artística, cumplió una jornada de extaordinaria significación histórica para la vida musical de nuestro continente.

Grandes fueron los esfuerzos desplegados frente a sus atriles, por estos profesores, para obtener el dominio de más de treinta obras desconocidas, que debían interpretar en ocho conciertos sinfónicos, en poco más de dos semanas.

Ensayos permanentes y atención ininterrumpida, hicieron posible este milagro de realización musical. Y ahora, en este instante en que los evoco, cuando quizás tan sólo el viento nocturno o algún pájaro errante se hacen oir en aquel recinto de las Mil y Una Noches; ahora, acallado ya todo eso del brillante Festival, es muy posible que estos héroes anónimos del mayor hecho de nuestra música, desconozcan lo inmenso de nuestra gratitud de americanos y de artistas.

Cuando en la alegría y cordialidad de las fiestas dedicadas a los compositores invitados, me fue solicitado parecer o consejo sobre el magno acontecimiento que se estaba llevando a cabo, tuve que recordar a los venezolanos que mucho de todo aquello ya se había proyectado o comentado en vano, entre los músicos de otros países americanos. Me pareció entonces que dar consejos a los únicos que en realidad cristalizaban semejantes aspiraciones de unión y fraternidad, constituía un contrasentido.

Así siendo, en esta ocasión mi actitud fue tan sólo la de un espectador más, pronto a sacar el máximo provecho de aquella excepcional oportunidad de conocer y gustar las creaciones de los músicos de nuestro continente.

Los puntos más altos de la música que allí nos fué dado escuchar estuvieron a mi modo de ver en las obras siguientes: Segunda parte (Desafío) de la cantata

ALGO MAS EN TORNO DE BLANES

LABOR de generosa extensión cultural será siempre la de acrecentar el Catálogo artístico de Juan Manuel Blanes, incorporando al repertorio nacional de su producción plástica cuantas obras yacen, desconocidas aún por nosotros, en Museos o colecciones privadas.

Y aun cuando la obra del Maestro está clara y definitivamente juzgada y poco de nuevo hay que agregar al respecto, esos aportes iluminarán siempre el ámbito artístico — de suyo extraordinario y vasto — de su creación pictórica.

*

Desde la Exposición retrospectiva celebrada hace años en el Teatro Solís, acontecimiento no superado en nuestro medio, nuevas piezas se han ido incorporando al índice representativo de su labor artística, pero en verdad pocas ofrecen los valores estéticos de la tela que ilustra esta nota.

*

Todo conduce a exaltar la personalidad de Blanes a planos de excepcional jerarquía.

Juan Manuel Blanes pintó el retrato de D. Mateo García de Zúñiga en el año de 1874; época de apogeo y plenitud. No todos sus retratos exhiben una parecida factura técnica, y aun entre las telas que él trabajó en aquel período de su esplendor y auge existen sensibles variantes. Y no podía ser de otro modo. No siempre rozó su espíritu la gracia alada del Arte, ni tampoco pudo sentir idéntica emoción frente a cada uno de sus clientes. No olvidemos que Blanes fue un retratista profesional.

Pero en este cuadro Blanes expresó el inmenso caudal de sus potencias creadoras.

La estampa del ilustre entrerriano está integralmente recogida: forma y espíritu. Dibujo y color y ambiente severo, sin decorados ni joyas. Detalles secundarios, éstos, que si muchas veces enriquecen sus telas con laboriosos preciosismos, muy fáciles para el pincel del Maestro, poco agregan hoy en beneficio de su gran faena artística.

*

Elocuente serenidad traduce el retrato de don Mate García de Zúñiga.

La imagen sedente del antiguo político argentino se recorta con señorial destaque. Perfilado hacia la izquierda y plenamente iluminado de frente, muestra, a simple vista, rica gama de matices y planos.

Todo reviste el retrato de agudo realismo y vida.

La cabeza del viejo procónsul, de recia y varonil belleza nos muestra sus ojos de firme y hondo mirar y la nariz aguileña y fuerte bajo su despejada frente enmarcados por albaca belleza y barbas ya patriarcales. Su vestimenta — levita, chaleco y pantalón — de color negro, destaca la blanca y fina pechera bien engomada.

El brazo izquierdo reposa en la mesa escritorio y adelante, con vivo relieve, sobre la carpeta de tono oscuro, las carnes aún rosadas de su mano perfectamente trazada. Sobre la mesa una caja, anteojos de larga vista y el tintero coronado por la pequeña figura de un toro, denuncia al poderoso ganadero de ambas orillas del Plata.

Ni la alfombra, ni la piel de tigre ni la mancha parda del perro echado entre las sombras atraen para nada la atención del observador.

El retrato domina en absoluto la escena.

*

No fue éste el único retrato que Blanes pintó de D. Mateo García. En poder de mi distinguido amigo el Capitán Mongrell Zuviría existe otra tela, de tamaño menor y relativa calidad artística que nos presenta la efigie de aquel su bisabuelo.

*



Retrato inédito de D. Mateo García de Zúñiga, que en 1874 pintó Juan Manuel Blanes.

Don Mateo García de Zúñiga, miembro de antigua e ilustre estirpe rioplatense, era hijo de Estevan Justo García de Zúñiga y Da. Agustina Morlius y Crespo. Nació en la Villa entrerriana de Gualeguaychú, donde pasa sus mocedades y estudia en Buenos Aires, ciudad en la que forma hogar con Da. Rosalía de Elía, dama de la sociedad porteña. Hombre de prestigio y natural talento inicia muy joven su carrera militar y política, actividades que alterna con la pesada atención de sus inmensas estancias provinciales.

En 1827 asume la gobernación de Entre Ríos, destino eminente del que es derrocado por el golpe militar de Blas Martinez. Pudo renovar, más tarde, su participación en la política pero rechazó cuantos ofrecimientos se le formularon. Repudió siempre todo régimen de fuerza y sangre. Enemigo de Ramírez, no miró jamás con buenos ojos la desorbitada prepotencia de Rosas y Urquiza, pariente suyo este último con quien sostendrá largos pleitos en defensa de su honor y propiedades.

Una extensa etapa de la vida de D. Mateo García de Zúñiga se desarrolló en Montevideo, ciudad en la que buscó asilo y tranquilidad espiritual. Falleció en nuestra capital en 1872.

El magnífico óleo de Blanes, en poder de la familia Elía de la Cárcova, fue pintado dos años después de fallecer don Mateo García. Retrato póstumo que el Maestro pudo llevar a término en forma tan magnífica por haber tratado con alguna intimidad al ilustre hijo de Entre Ríos.

Ariosto FERNANDEZ.

(Especial para EL DIA).



Hotel donde estuvieron alojados los invitados de honor al Primer Festival Latinoamericano de Música.



Vista panorámica desde los jardines del Hotel, con las banderas latinoamericanas.

criolla del compositor Antonio Esteves; segunda versión sinfónica (Conductus) del cubano Julián Orbón; y Preludio y Fuga del venezolano Juan Bautista Plaza.

Quiero señalar que fue en estas circunstancias, cuando pude comprobar el alto nivel de sensibilidad receptiva que existe en el pueblo, ya que ante aquella concurrencia que se acercaba a las 10.000 personas, las obras que mencionamos fueron precisamente las más aplaudidas.

En la *Cantata Criolla*, Esteves ha elevado a la gran estructura sinfónico-coral, los acentos expresivos y el ritmo tradicional de los cantares de su pueblo.

En el *Conductus* de sus versiones sinfónicas, Julián Orbón revela que el sentimiento religioso medioeval ha despertado profundas y nobles resonancias en su alma musical.

Y en la *Fuga* de Juan Bautista Plaza, sobre un tema de *Joropo*, reconocimos una de las obras más bellas y mejor trabajadas de la literatura sinfónica americana. Su cuidada interpretación nos deparó con el momento culminante, en lo que se refiere a la dirección de orquesta, de todo el Festival. El venezolano Pedro Antonio Ríos Reina superó ahí, inclusive a Carlos Chavez, considerado muy justicieramente como el mejor director que actuaba en este certamen.

Creo que con Pedro Antonio Ríos Reina y con Angel Sauce, Venezuela puede enorgullecerse de poseer dos conductores sinfónicos dignos de renombre continental. Y lo obtendrán seguramente, porque pude comprobar que felizmente en aquel país no se anteponen tantos inexplicables obstáculos a los directores nacionales, como lo vemos tan comúnmente en esta parte sur del continente.

Y esto se debe, si duda, en gran parte, a la figura rectora de la vida musical venezolana: el Maestro Vicente Emilio Sojo, noble personalidad sobre la cual mucho nos honrará realizar un próximo estudio.

En lo que atañe al planteamiento de ideas o proyectos, sabido es que a este Festival concurrieron los principales músicos del continente, lo que dió lugar a la realización de varias e interesantes discusiones de mesa redonda.

Debido a que en estas dos últimas décadas, la mayor preocupación existente en todos los ambientes artísticos de nuestros países, viene siendo la consolidación de la técnica, no nos extrañó el comprobar que la mayoría de estos compositores representaban la tendencia antinacionalista, que los ha divorciado en sus creaciones, del pueblo de sus respectivos países.

Creemos, sin embargo, que la técnica como única finalidad, tiene la virtud de disfrazar la carencia de musicalidad, lo que queda muy al descubierto toda vez que no existe una gran nobleza de alma en el creador que desea acercarse a la esencia expresiva de su nacionalidad. Y aún más: en este último caso, las exigencias técnicas y la selección requerida son mucho más difíciles que en las tendencias antinacionalistas, pues en definitiva no se trata de adoptar o repetir fórmulas ya elaboradas en Alemania, Francia, Italia y etc.

Cuando me fué dado señalar, en este noble congreso, que el *ir* al Folklore difiere profundamente del *venir* del Folklore, definía mi honda fe en los destinos de la inmensa musicalidad que existe en los pueblos de todo el continente.

La segunda parte de la *Cantata Criolla* de Antonio Esteves; el *Conductus* de Julián Orbón, y la *Fuga* de Juan Bautista Plaza, son potentes reflejos de este movimiento auténtico y trascendental, que conmueve al pueblo y lo hace vibrar en el reconocimiento de que las esencias que le son propias han sido elevadas hasta las superestructuras del arte musical.

Y esto es también universal. Y hasta diríamos que es [illegible] *universal* porque no [illegible], y vive en reales y eternas raíces.

Uno de los aspectos más interesantes del gran Festival realizado en Caracas, es que estas audiciones tuvieron lugar, en un Anfiteatro con capacidad para numerosísimo público, cuyo entusiasmo no es fácil despertar de manera transitoria y engañosa, como en los comunes recintos de los teatros cerrados.

Sentado allí, un simple punto en la multitud, sentía yo latir el pulso musical colectivo con veracidad extraordinaria. Y supe entonces que es verdad que lo americano vibra mucho más profundamente cuando lo que escucha, es fraternal y en consecuencia, hondamente americano.

ALBERTO SORIANO

Especial para E LDIA

LORENZO BATLLE PA

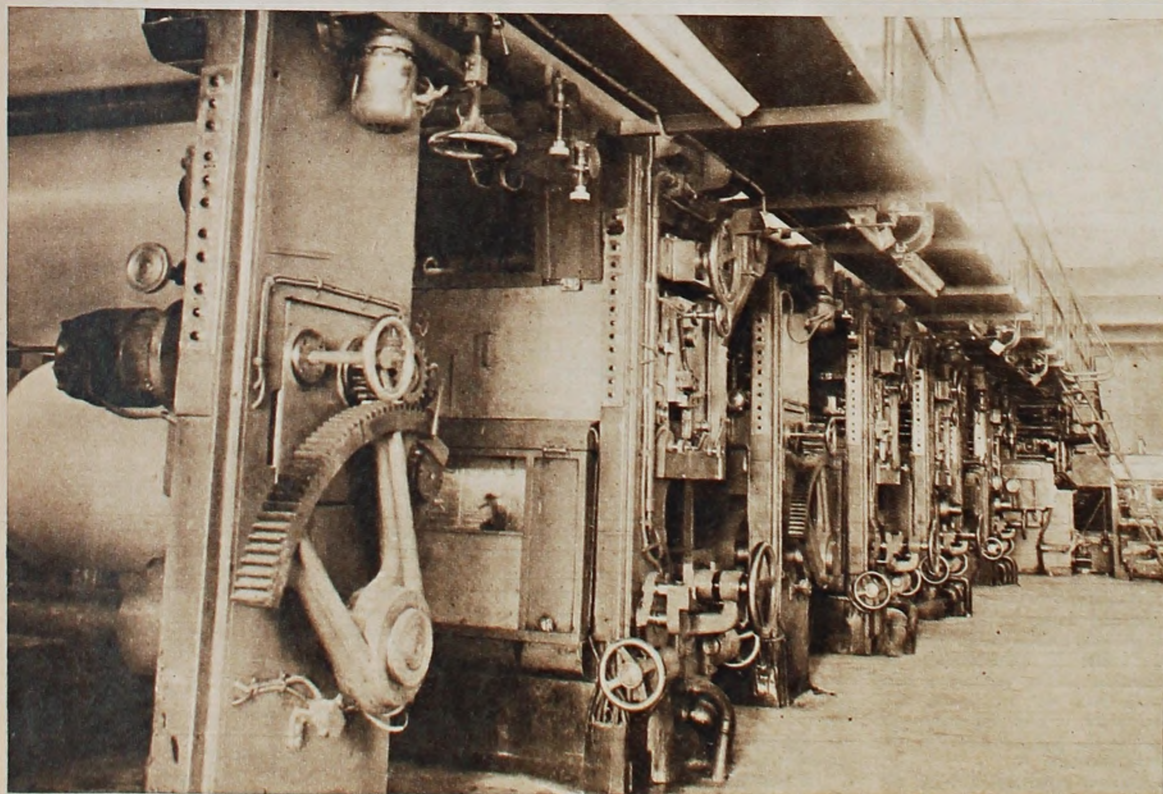


Fachada del edificio.

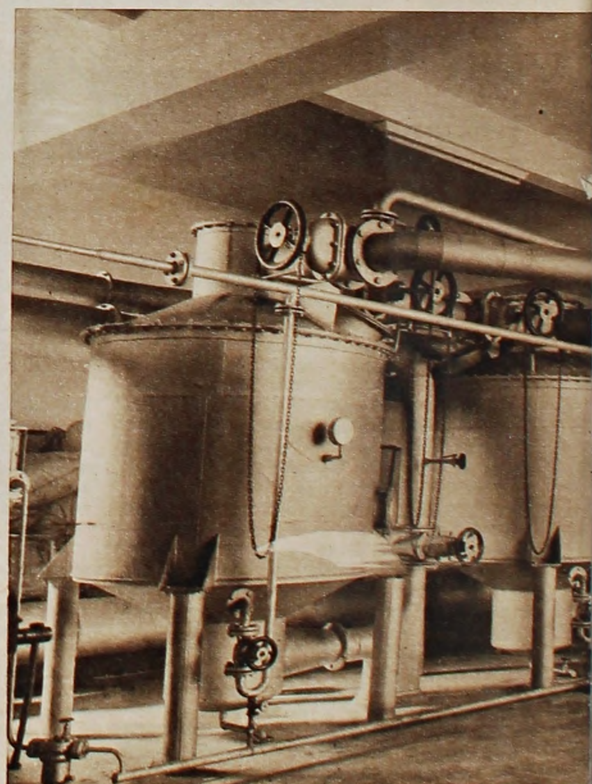
EN algún sitio está escrito que el mayor homenaje a la memoria de un muerto querido, es hacer lo que ellos desearían que hiciésemos si estuvieran aún en el mundo; y esa función de querer, cargados de amor a nuestro trabajo y deseos de superarlo, echando la sonda al futuro, la recibimos de Lorenzo Batlle Pacheco que tenía el don de inspirar confianza en las propias fuerzas de quienes señalaba para cumplirlo. Fue a su iniciativa, y a su principal impulso sostenido con aquella tenacidad que estaba en sí mismo cuando realizaba el gesto intelectual de la esperanza, que se instaló el taller de huecograbado, incorporando desde entonces, y va para cinco lustros, el suplemento a la edición dominical de EL DIA, cimentando otras publicaciones semanales a las que luego se diera cobijo elevando a la mayor proyección el periodismo nacional.

Aquí, en este edificio que alcanzó a ver terminado, y con las instalaciones modernas, modernísimas, que permiten incluso la impresión en color, y de las que puede decirse que no le era desconocido ningún detalle, desde el más elemental de la mecánica al sutilísimo de la fórmula química, y de los preparados de laboratorio, nació el júbilo primero de la esperanza lograda. Fue un aparecer modoso y discreto, sin alarde alguno, ni aviso previo al lector al que esa vez, ¡y con cuánta emocionada zozobra para quienes nos sentíamos responsables de la obra! se le ofreció el agregado de la sección en "hueco", continuada ininterrumpidamente sin otras alternativas que las impuestas por las peripecias de la vida nacional. Calladamente, con la elegancia espiritual del único que no dudaba en medio de la duda, Lorenzo Batlle Pacheco, había realizado la primera etapa de su plan, que no era solamente el taller, sino que también lo era el crear un grupo de hombres ilusionados a los que valió entonces, más que su capacidad, la fe que sabía inspirarles, con aquella llaneza risueña aliada a la más firme y recia voluntad realizadora.

No era en ese entonces el taller, ni el edificio actual, capacitado para soberbios trabajos de impresión, sino una algo más que modesta instalación impresora alojada en un local cuya física pobreza partía el alma: un técnico al que es justicia nombrar, don Hilario Coll, y un grupo de artesanos que fueron maestros de los que ya a su vez tienen magisterio, y han enseñado esa artesanía, que tiene algo de mágico, a otros operarios, creándose así en nuestro medio una manualidad especializada, tuvieron la responsabilidad de las iniciaciones. Una camaradería por encima de los años nos une a los que se nos fueron y les hace permanecer vivos y vigentes entre nosotros, los que continuamos, y los que de ellos aprendieron, estimulados todos por la certidumbre que sabía inspirarnos Lorenzo Batlle Pacheco. Una gracia maliciosa que hacía atrayente su conversación profunda, y rotundamente amistosas sus disposiciones, le procuraban aquel encanto de la autoridad moral que evade toda otra manera de autoridad, nunca ejercitada sino compartida en consulta, en busca de parecer, permanentemente inclinado a la dignidad de los humildes, buscador de equitativas soluciones, pronto a sonreír, fuerte de ánimo como era tierno de corazón, de mano dada, cálida y recia, comprensivo hasta lo adivinatorio. Ningún quebranto alteraba su calma, manejando con la seguridad de quien posee el secreto de las misteriosas reglas que rigen las fuerzas de la materia, fórmulas químicas para la grabación, leyes de la mecánica, normas de trabajo; y cuando al conjuro de sus palabras el milagro no se producía, se detenía reflexivo, y hasta nos parecía que abandonaba el experimento, pronto modificado y repetido hasta lograr el resultado feliz, recibido con la sonrisa de quien estaba seguro que había de producirse. Y siempre, siempre, hubo alguien a su alrededor al que le agradecía



Vista parcial de la máquina de impresión.



Recuperadoras de

la colaboración y con quien compartía el mérito. Las anécdotas serían interminables.

No es que se tratase de una arte gráfica sobre la que se careciera de ciencia y de experiencia, sino por el contrario, sabida y experimentada, con artesanos capacitados provenientes de otros talleres foráneos. Era que había de amoldarse a maquinarias anticuadas, y someterse a la precariedad de la instalación y del local, sin los elementos tenidos como imprescindibles. Debió buscarse en el subsuelo el agua para el uso industrial, sondeando hasta encontrarla, crear cámaras a temperaturas señaladas, con rigor, y unas veces era la búsqueda de estufas eléctricas, y otras las barras de hielo, para equilibrar esos sorpresivos cambios de temperatura de nuestro clima. Era el techo de zinc, y el polvo, y las luces de arco voltaico, intermitentes, que hacían impreciso el tiempo de fijación en los papeles bicromatados, y era el utilizar placas de radiografía para los dispositivos, por falta de las gelatinas adecuadas, y era en fin un sustituir el elemento señalado por otro aproximativo, y era además salvar el riesgo, siempre inminente, y alguna vez producido, de los inflamables manejados y depositados sin todo el amparo previsor. Cada paso que se daba sorteando un problema, descubría otro a resolver. Y así, con repetidos milagros, un día vibró la rotativa y se tuvo la realidad de nuestro primer mejor. Y nunca quiso que se hiciera ostentación de ello. Sólo ahora que nos falta hacemos el desacato a su deseo, por que creemos cumplir un homenaje a la recia voluntad, al ánimo emprendedor, a la sabia artesanía, y al elevado y progresista espíritu periodístico de Lorenzo Batlle Pacheco, considerando que este edificio es un monumento a su memoria; y los que en el taller vivimos aspiramos a que alguna vez se nos autorice a colocar en él la placa con su efigie, para que nunca nos falte, en los titubeos y en las vicisitudes, la imagen que habrá de sonreírnos, como antes, inspirándonos de nuevo aquella confianza en nosotros mismos que tan sagazmente sabía procurarnos.

*

Los arquitectos Michaelson y Vizcaichipi, que han tenido a su cargo el estudio y la realización de la estructura del edificio, hubieron de construirlo por etapas que imponían la necesidad de mantener el taller en actividad con sus antiguas maquinarias, al mismo tiempo que se iban creando espacios para las que venían a sustituirlas, sin que se alterara el obligado ritmo de la producción. Debe haber sido tarea de ardua técnica resolverlo, pero como no somos ni elementalmente entendidos en la materia, — suponemos que tampoco lo sea el lector —, señalamos el hecho que tanto nos ha estado admirando de ver casi milagrosamente modificado un compartimento por otro, y una instalación



Escritorios de administración.

LE PACHECO Y EL TALLER DE HUECOGRABADO

trabajo en huecograbado. Fue el día del júbilo, y nuestros pechos no estuvieron menos agitados que aquel trepidar de los cilindros.

Y ya entonces cesó la asiduidad, mejor decir la permanencia constante, de Lorenzo Batlle Pacheco en el taller de huecograbado en marcha, puesto en manos de quienes, por haberse sentido señalados y elegidos por él, tenían confianza en sí mismos. Otra preocupación, otro impulso de mayor aliento lo reclamaba: la maquinaria moderna, el edificio apropiado. Su fe era inagotable y se abismó en esa inmensa empresa de organizar, de estudiar planos, y catálogos, de financiar costos elevadísimos, de incorporar, no lo necesario inmediato, sino lo necesario futuro con visión de porvenir. Y al mismo tiempo que se realizaban los trabajos de impresión, ininterrumpidos, empezaron los de ampliación del local, su transformación de galpón en edificio funcional, renovándose paulatinamente toda la maquinaria e instalaciones, hasta completarse y ser, amén del único taller de huecograbado existente en el Uruguay, tan cabal y moderno en sus elementos como pueda serlo el mecánica nueva que entraba en funcionamiento, como si se tratara de un arte de prestidigitador. Todo en el edificio es sobrio, preciso, exacto, amoldado al destino funcional que se sucede gradualmente, en compartimentos que responden a las exigencias de aquella labor, resueltas de una manera que llamaríamos natural, con la naturalidad del órgano creando la función, cuando en realidad ha sido a la inversa, y el continente sucedía al contenido. Luz clara e indirecta lograda por la amplísima fachada de vidrios, luz cenital en donde corresponde, y cámaras oscuras en los laboratorios; todo un problema, nos parece, resuelto al mismo tiempo que el de la ventilación en donde se manipulan sustancias químicas, o inflamables; y el de la comodidad, vestuarios, lugares de estar, escritorios, etc. Ni emanaciones ni polvillo en suspensión, ni ruidos atolondradores, sino el brioso trepidar de la rotativa en la que cantan los motores su canción del trabajo, al que le hace eco el amortiguado zumbar de los cilindros que se revisten de cobre en el baño electrolítico, que los devuelve lucientes como de oro.

Ese sentido práctico del destino funcional que necesariamente le estuvo impuesto a los arquitectos, no le ha restado al edificio la elegancia de una obra de arte, por la armónica combinación de los materiales empleados, la delicadeza de los relieves, la gracia de los contrastes que forman el vidrio y el granito, el ladrillo de color y la piedra, el hierro y la madera, la reciedumbre del material básico con la finura del ornato, en sobriedad de líneas que le dan ese señorío que tienen las cosas creadas con noble inspiración.

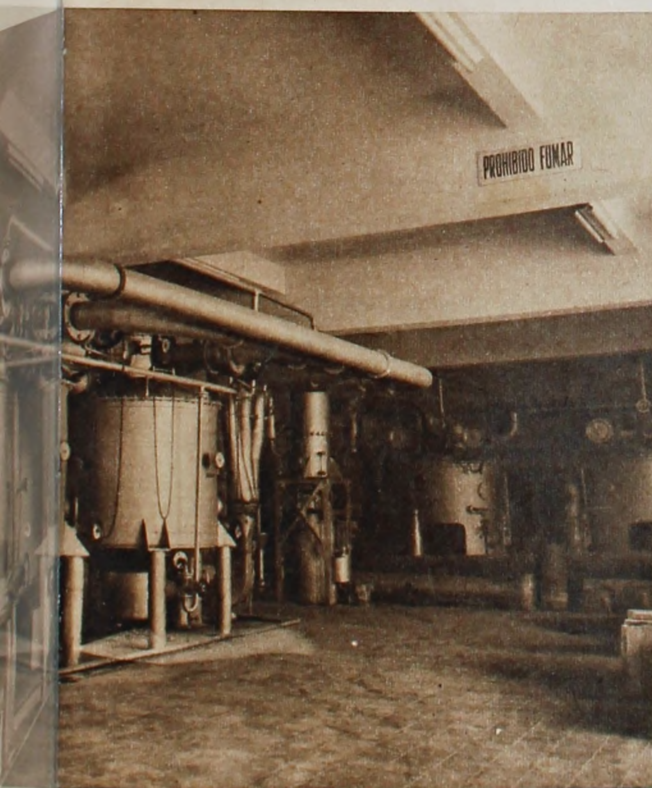
*

Algún día, intérpretes de expresión más afortunada que la nuestra, y con la perspectiva del tiempo que atempera el conmovido reflexionar, podrán manifestar con elocuencia todo el trascendente influjo que la personalidad de Lorenzo Batlle Pacheco tuvo en la vida nacional como legislador, y en la difusión de la cultura como periodista. Estuvo siempre, siempre, anticipado a su tiempo, — y de ahí la incomprensión y la miopía de tantos y tantos —, presuroso de adquirir conocimientos humanísticos de los que tenía caudal sorprendente, versado como pocos, hasta sorprender a los especializados en una materia, con eclecticismo al que estaba unido el humor zumbón que le consentía discurrir llanamente, pero con la sabiduría de un peripatético, rodeado del afecto y la atención de sus amigos.

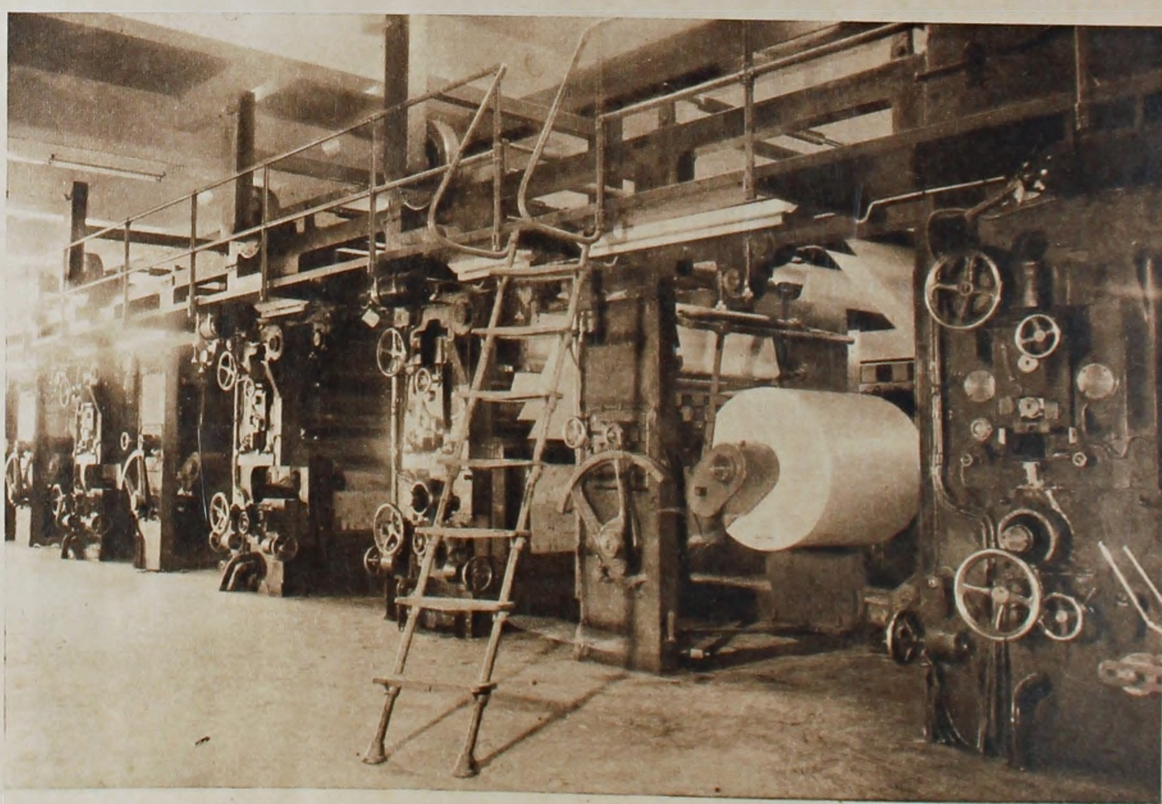
Nosotros, con limitaciones que la pena acrece, sólo hemos podido hacer este acto de homenaje vinculándolo a "su taller de hueco-grabado", ilusión que alcanzó a ver realizada, y era sólo una de las llamas que iluminaban su generosa voluntad de darse en obras de progreso. Somos arcilla formada con la figura de su mano, discípulos de su magisterio, eco de su palabra. Y eso nos falta ahora. Toda vez que sintamos la flaqueza de la fe que infundía a nuestras propias fuerzas, dándonos la certidumbre de que las poseíamos, lo invocaremos, como en el rito antiguo, y llamaremos tres veces al alma del muerto querido por el nombre que había llevado en vida, para que su espíritu nos sea propicio...

AMARUX.

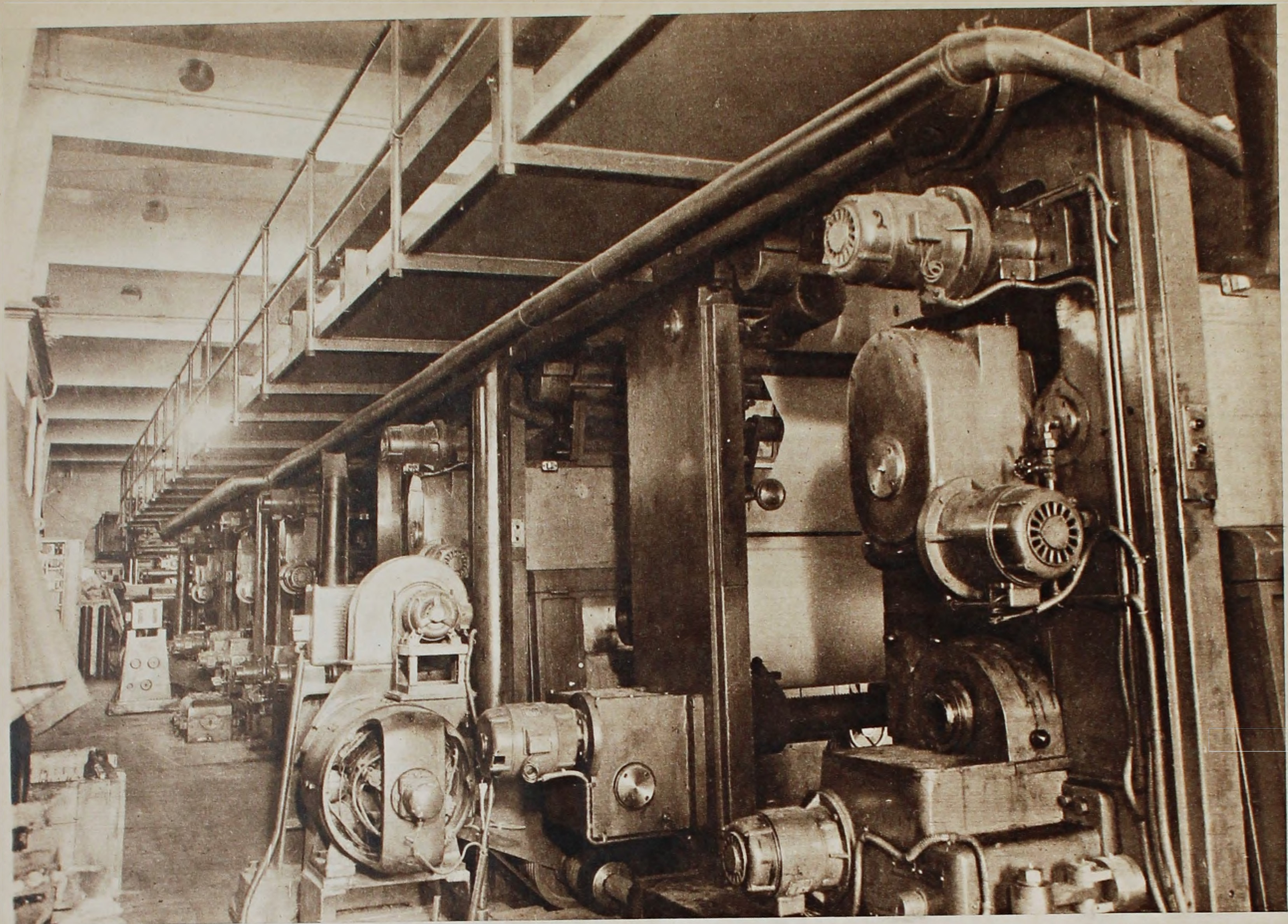
(Especial para EL DIA).



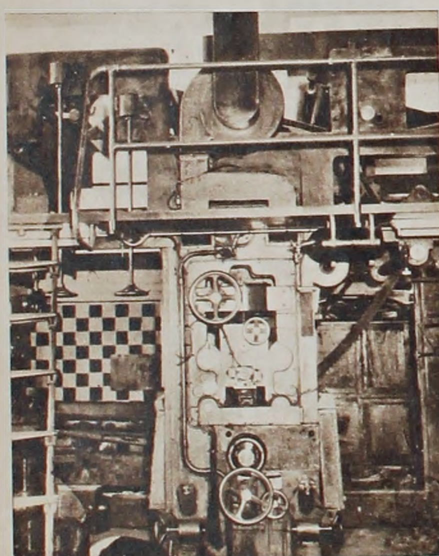
...nafta volatilizada.



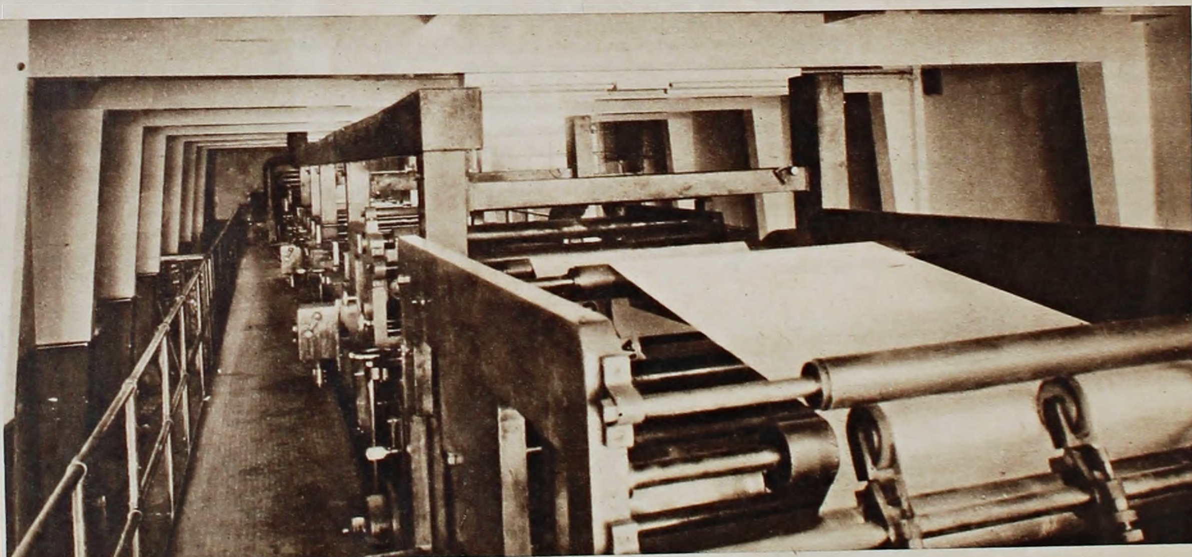
La moderna rotativa en funcionamiento.



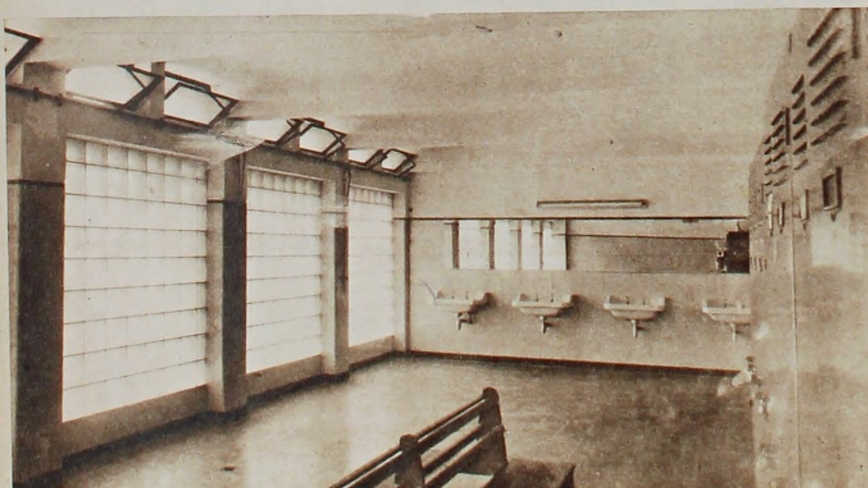
Poderosos motores impulsan la inmensa rotativa.



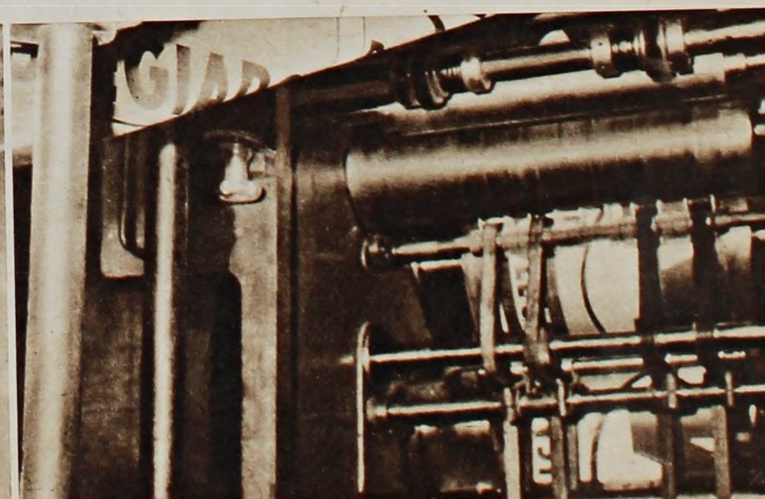
Otro aspecto de la tabla de controles.



El papel se desliza vertiginoso por entre los cilindros.



Vestuarios y salón de descanso.



El juego de los cilindros grabadores.

ARQUITECTURA IMPERIAL Y RENACENTISTA DE RIMINI

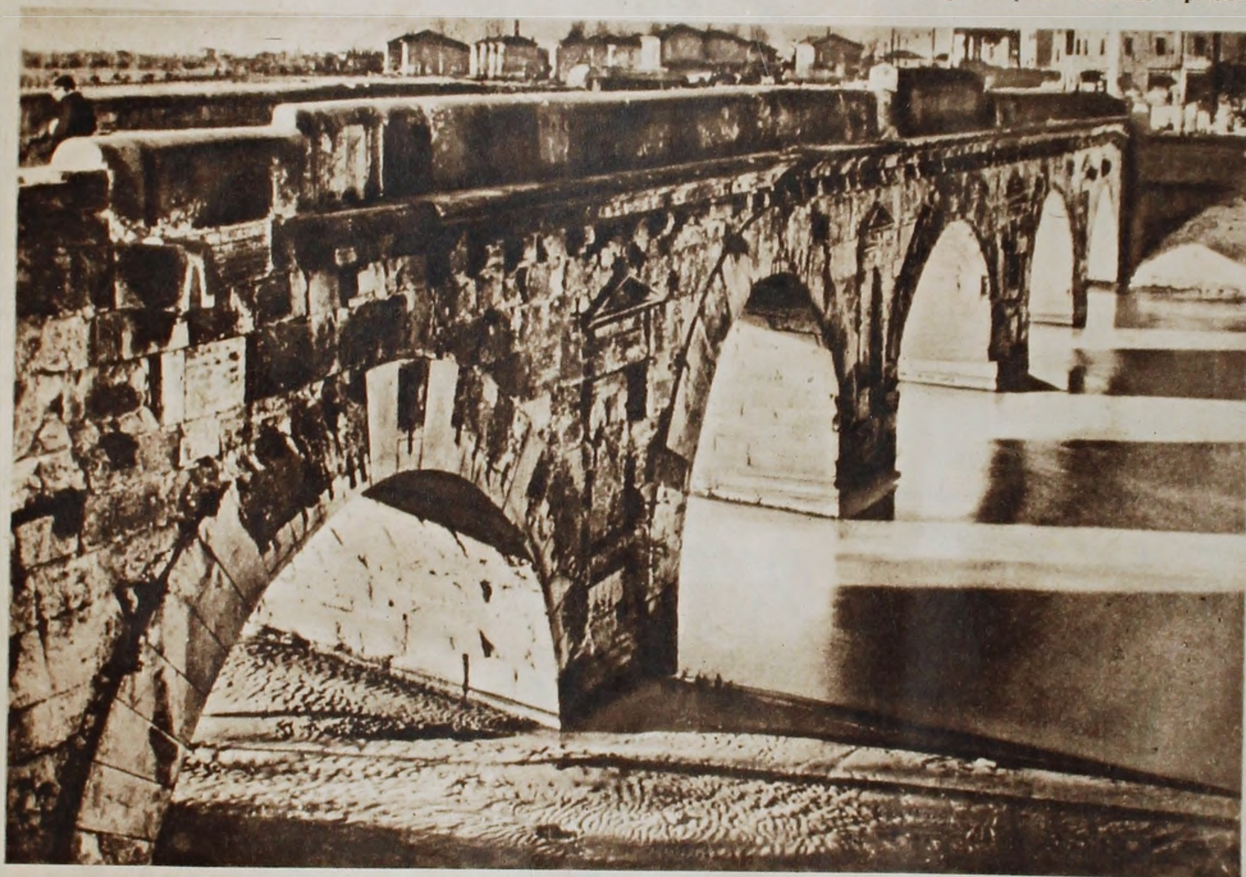


Arco de Augusto.

RIMINI es ahora una modesta ciudad, famosa más que nada por lugar de veraneo, pero en los tiempos de Roma había representado en cambio uno de los puntos capitales de la organización estratégica del Imperio. Colocada en el confín natural de la Italia septentrional con la central, allí donde la cadena del Apenino se recuesta lentamente al mar Adriático, y la extendida llanura paduana tiene su límite extremo, Rímini había estado poblada y guarnecida desde la prehistoria: los Etruscos, los Galos, y los Umbros la instituyeron ciudad, hasta que Roma, en el 268 a. de C., la sometió y colonizó.

Aquí se conjuntaron las dos regiones confinantes del Imperio: la Región Emilia y la Umbra, ("Octava" y "Sexta" de Augusto), divididas por el magro lecho del Rubicón, el río fatal a la libertad republicana de Roma. Aquí se cruzaban y dividían tres de los grandes caminos consulares: la vía Emilia, la Flaminia, y la Popilia: aquí, en las murallas de la ciudad, César arengó a sus legionarios antes de marchar sobre la Urbe, a cerrar un ciclo de la historia e inaugurar otro más denso y convulsionado; y por aquí pasaron los blancos caballos del triunfador Augusto, restaurador de Roma y sofocador de sus seculares instituciones republicanas. Por aquí se sucedieron, en fin, en la apocalíptica agonía de Roma, los bárbaros invasores, Godos, Vándalos, Longobardos; y sobre Rímini, como por sobre toda Italia descendió la negra noche. Entre saqueos, incendios, desmanes, bizantinos y francos, tropas de la iglesia, del Imperio de Oriente, del Imperio de Occidente, todos los edificios, construcciones portuarias, defensas militares, y tantas otras muestras de una civilización secular con altísimo concepto de vida, parecieron disolverse. ¿Qué nos ha quedado a nosotos, llegados después de tantos siglos y vicisitudes que todavía emanan de aquellas tinieblas? Poco si se piensa en la grandeza, en la opulencia, en el poderío de lo que fué Rímini. Poco, pero suficiente para hacer pensar en Roma como en el arcángel que hubiera amontonado la vida de los desperdigados miembros de Italia.

Queda, del blanco y esplendoroso cortejo del vencedor Augusto, el Arco conmemorativo que le fué dedicado en el año 27 a. de C., séptimo de su consulado, y terminado cinco años más tarde por su sucesor Tiberio. ¿Qué importa si en el medioevo se le quiso transformar en fortaleza, agregándole el recio y áspero almenado, y si en tiempos demasiado inmediatos a nosotros (tiempos en los que la ingenuidad, la ignorancia, o la mala fe se ilusionaron creyendo hacer más solemnes las ruinas limpiándolas y ordenándolas como si fueran bagatelas de porcelana), se destruyeron las murallas agregadas al arco, alterando el aspecto y la función originaria de ser la puerta meridional de la ciudad? El Arco todavía perdura, perfectamente conservado con los bordeles magníficamente alargados, con las firmes columnas corintias a los costados, adornado de medallones y estatuas de divinidades. Ha desaparecido la escultura de Augusto, que ocupaba el vértice, pero el Arco, en sí, es el más noble monumento levantado al primer emperador de Roma.



Puente de Tiberio.

Y del poderoso Tiberio, sucesor de Augusto, queda el Puente de cinco arcos que domina, erguido y recio, el vasto lecho del río. En los arcos que lo atraviesan, en el contrapeso sólido, en los pilares hondamente sumergidos, está toda la fuerza de Roma, su sagacidad mezcla de dominadora y civilizadora del mundo, puente tendido para que los atravesaran las legiones en marcha hacia los extremos confines de la tierra.

Superada la época más oscura del medioevo, aparece también en esta tierra apretada entre el mar y la montaña, después del milenio, el nuevo Comun, símbolo de un pueblo que vuelve a creer en la libertad, y lucha por conquistarla y retenerla; y después, en el Trescientos, esta libre comunidad se transforma en Señoría sometida a un tirano, gobernándola con firmeza la noble familia de los Malatesta. Durante esta vicisitud política, y la consiguiente lucha atestiguaron la vitalidad de un pueblo resucitado al que, no sólo el recuerdo, si no diré la nostalgia de Roma, hace más fuerte y poderoso; y en Rímini hasta las nuevas formas arquitectónicas y artísticas, más que por afinidad y analogía a cuanto acaecía en toda Italia, reflejan y congregan la fuerza y la grandeza de las construcciones imperiales romanas casi por una misteriosa descendencia local.

Esto ocurre, por ejemplo, en el castillo levantado en el año 1446, de Segismundo Malatesta, señor de la ciudad, poderosa construcción de muros sólidos y altas torres, bloque de piedra reducido a precisos volúmenes equilibrados; y así también, magníficamente, en la obra maestra del florentino León Battista Alberti, genio insigne del Renacimiento, que levantó en Rímini, transformándola en el 1450, la iglesia gótica de S. Francisco, conjunto solemne y monumental que, del nombre de Segismundo Malatesta viene llamándosele desde entonces el Templo Malatestiano. En su fachada el Arco de Augusto reaparece pequeño entre las sólidas columnas y los medallones que adornan los semipenachos. Dejada incompleta, hubiera tenido, en la ausente parte superior, el núcleo central sobreelevado apoyado a los núcleos laterales mediante poderosos arcos y volutas. Pero lo que resta es suficiente para demostrar con cuanta ganialidad y fuerza creadora había Alberto asimilado la gran enseñanza arquitectónica de la antigüedad.

Las amplias restauraciones realizadas en estos últimos años han sido indispensables para reparar las horrendas heridas hechas al Templo Malatestiano por la acción de los bombardeos aéreos de la última guerra, restituyéndose el interior del monumento a su aspecto originario, despojándosele de todos los agregados que los siglos le habían ido incorporando a la estructura. El ambiente vibra de una solemne belleza: el juego sereno del conjunto, las bóvedas poderosas, la amplitud de los volúmenes recuedan los grandes motivos estructurales y artísticos de las basílicas imperiales romanas; pero las adecuadas leyes de la perspectiva que regulan sabiamente la armonía de todo el interior, y en particular el ábside maravilloso, tiene aquel sentimiento carnal y nada místico que emana del obsesionante repetido de los monogramas entrelazados de Segismundo Malatesta y de la bellísima mujer Isotta de Atti, también sepultada aquí, y aquel rebosar exuberante de la riquísima decoración plástica de Agostino de Duccio, revelan que, a la sapiencia constructiva de los antiguos hombres del Renacimiento, existe añadida alguna cosa indefinida, razonal y melancólica, carnal y pecaminosa, que es el sello inconfundible de la nueva gran Primavera espiritual de la humanidad.

GUIDO MANZINI

Rímini, 1954. Especial para **EL DIA**. (Traducción de E. A.)



Templo Malatestiano.

INFORMACION LOCAL



Cabecera de la mesa en el banquete de despedida a nuestro compañero Juan A. Ferrer, con motivo de su retiro de los talleres de huecograbado.



Acto realizado en el Paraninfo de la Universidad, como ceremonia de fin de curso del conjunto teatral "Alvarez Quintero" leyéndose conceptuosas páginas sobre la dramática española del siglo pasado.



Grupo de alumnos graduados de 4º año Liceal, en el festival de fin de curso del Erwy School.



Alumnos de la Escuela Bolivia, festejando el fin de las clases.



Fin de curso en la Escuela Noruega.



Escolares de la "Escuela Rpca. Argentina" en el festival de fin de año.



Cuadro de alumnos del Erwy School rindiendo homenaje a la Unesco, en el festival realizado en el Solís.



Vista de Bombay de la Colina Malabar.



Vista de una parte de la ciudad.

BOMBAY, PUERTA DE LA INDIA

En esta abigarrada ciudad fundada sobre siete islas, — la "Heptanesia" de Ptolomeo —, habitan casi cuatro millones de personas. Su nombre deriva de la época portuguesa en que era llamada "Buon Bahia" o más comúnmente "bombaim" y por corrupción Bombay. Del primitivo grupo de siete islas de pescadores, islas constituídas de colinas de lodo y desintegradas, surgió esta metrópoli debida al esfuerzo europeo continuado de cuatro siglos, a diferencia de otras ciudades de origen y típicamente hindúes como Jaipur o Benares.

Es tal la multitud de gente que circula en Bombay, por sus calles, avenidas, en las plazas, en los jardines, que se experimenta la sensación de que materialmente es superada y se adquiere prima facie, la impresión de que cada día lo es de fiesta. La cifra que hemos apuntado como número de habitantes se ve incrementada por el éxodo de gente del interior hacia la ciudad, atraída por el espejismo de más convenientes salarios o mejores perspectivas de trabajo. Hay desocupación en Bombay y mucha gente sin hogar. Al caer la noche, el viandante puede observar innumerables personas que duermen en las aceras de las calles y avenidas, sobre una delgada estera de fibra de coco o sin ella y que lo obliga a transitar por la calzada.

Se siente el cosmopolitismo de la urbe a través de los distintos atuendos y entonaciones de sus moradores: gujeratis, marastrianos, persas, goanos, cannadas, afghanos y europeos. Es una ciudad de comerciantes, banqueros, industriales, políticos, intelectuales, trabajadores de precaria indumenta; es una ciudad ávida de cultura que ejerce decidida influencia en el comercio y política de la india.

En lo alto de la colina de Malabar, donde pueden admirarse los encantadores jardines colgantes, se ofrece el panorama de Bombay. La bahía casi circular, con un mar apacible y calmo que semeja un cristal, tachonada de blanco por las velas de barcos pescadores; las playas bordeadas de palmeras gráciles, la silueta de los altos edificios de la ciudad, recortada sobre un fondo azul y en la lejanía el humo que la desdibuja, recordándonos que Bombay es la llave industrial de la India.

Al salir de la zona portuaria tropezamos con el "Gateway of India" o Puerta de la India que nos evoca el Arco de Triunfo en París y que conmemora la visita celebrada en 1911 por el Rey Jorge V y Reina María de Gran Bretaña. Pocos pasos detrás de ella, el imponente edificio del Hotel Taj Mahal cuyo estilo oculta el refinamiento de un servicio europeo. Pasando el Puente de Carnac, aparece el Mercado Crawford, de estilo gótico inglés, donde se ofrecen toda clase de vituallas, frutas, pescados, legumbres cereales, flores.

En la avenida Hornby existen los bazares y tiendas donde se expone todo lo típico del arte hindú: artículos de bronce, de cuerno, marfil, sedas, esculturas de ébano, filigranas y repujados en metal. Todo ello mezclado con la algarabía de los visitantes, la estridencia de las cornetas de automóviles, el clamoreo de los vendedores, — nueces, caña de azúcar, pañuelos bordados, lapiceras fuente, relojes —, el sonido de la flauta de bambú de un encantador de serpientes, los juglares, la impasibilidad de los fakires y el colorido de las mercancías.

Muchos son los puntos de interés para el turista: la magnífica rambla costanera Marine Drive, el Colaba Causeway, la Estación Terminal Ferroviaria Victoria, el histórico Castillo de Bombay, el edificio del Correo, la Fuente de Flora, la Catedral Anglicana, los Jardines Horniman, la Universidad, la Torre del Reloj Rajabai, las mezquitas islámicas, los templos hindúes y jaines. Impresiona el Crematorio, donde en forma elemental y a la vista de los dolientes se incinera el cadáver que viene cubierto de flores y de monedas de cobre en sus ojos. Pero más impresionante aún es la contemplación de la Torre del Silencio, donde los persas de acuerdo con su culto zoroástrico, depositan sobre el tejado sus muertos, de los que dan cuenta, en brevísimo tiempo, los buitres que por allí merodean y que proyectan su sombría figura sobre el cielo, reposando en los árboles en espera del festín.

La civilización hindú es probablemente más antigua que la siria, la egipcia o la china. Se atribuye al sabio Bramagpura la invención del sistema decimal en el siglo VI; el concepto matemático de cero y de infinito proviene de la India.

El progreso de la India, que impulsan con fervor sus pobladores, tiene la contrapartida de la tremenda influencia religiosa que predomina en cualquier actividad. Un aspecto del hinduísmo se refleja en las castas, división en clases sumamente rígida de sus moradores, que se ven impedidas de asociarse unas con otras; desde el peldaño más elevado, los brahamanes, hasta la más baja, los parias o intocables. Mencionemos otro ejemplo: India posee unos 200.000.000 de cabezas de ganado, — un tercio del total en el mundo aproximadamente —, y sin embargo es una riqueza que utiliza solamente en la producción de leche ya que la religión les impide sacrificarlos.

Pero son tan grandes las posibilidades de India, que conglomera casi unos 350 millones de habitantes, tan decidida su intención de progreso, que nos inclinamos hacia el lado de los hindúes que miran con optimismo el porvenir de la Joven República.

E. Mario PEYROT.

Bombay, diciembre de 1954.
(Especial para EL DIA).



La rambla costanera Marine Drive.



Una mezquita islámica.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

TARZÁN SIGUIÓ EN DIRECCIÓN DEL SONIDO DE LOS TAMBORES DE TIERRA, HASTA QUE SE ENCONTRÓ CON UNA TRIBU DE MONOS CELEBRANDO LA PRIMITIVA DANZA DEL DUM-DUM.











